

Mientras AMMEF A.C. bailaba, yo aprendía a sostener un mundo



Sinaí de Jesús Fraga Rodríguez
VAI AMMEF A.C.
vai@ammef.mx

Hola, AMMEF A.C.

Si me preguntan, no sé exactamente en qué momento dejé de ser solamente una joven que quería cambiar el mundo dentro de una asociación y me convertí en alguien que, de alguna manera, comenzó a construir una parte de su vida alrededor de ella; tal vez fue en un workshop o en un training, tal vez en una madrugada contestando correos o redactando una convocatoria, o tal vez fue mucho antes de lo que soy capaz de recordar, porque hay amores que no llegan de golpe, se construyen poquito a poquito, casi sin darte cuenta, primero te emocionas por una actividad, después por un equipo, luego por una idea, y cuando finalmente te das cuenta, ya no estás solamente participando en una organización: estás dejando una parte de tu corazón en ella.

Hoy en día les podría hablar de muchos momentos en donde la AMMEF A.C. me ha cambiado la vida, pero quiero que viajemos en el tiempo hacia Querétaro, la Asamblea Nacional, ese momento en el que, después de tantos años de aprender, equivocarme y volver a intentarlo, alguien a quien quiero y admiro profundamente puso sobre mi cabeza la corona de vicepresidenta nacional de asuntos internos, todavía me cuesta explicar lo que sentí, porque una corona puede parecer solamente un símbolo, pero para mí significaba muchísimo más, significaba todas las

personas que confiaron en mí, todas las versiones de mí misma que tuvieron miedo y aun así siguieron adelante y, sobre todo, significaba que alguien estaba diciendo: te vemos. Confiamos en ti, ahora te toca cuidar de esto.

Recibir la corona de VAI fue uno de esos momentos que se quedan guardados en un lugar especial del corazón, no porque desde ese día todo se volviera fácil, sino porque desde ese día entendí que iba a amar esta etapa con todo lo que eso implica: con la ilusión, con el cansancio y con las dudas, con todas las pequeñas victorias y las batallas perdidas que muchas veces nadie ve.

En el camino, entendí que construir una casa también implica mover muebles y, a veces, aceptar que hay habitaciones que necesitan ser reconstruidas desde cero; ser VAI ha sido aprender que las organizaciones no crecen únicamente por los documentos que poseen, sino por las personas que deciden dedicar tiempo y corazón a mejorarlas, ha sido sentarme a pensar en cómo hacer que un proceso sea más claro y cómo ayudar a las personas a encontrar su lugar dentro de todo lo que pasa. Ha sido pensar en el Plan Integral de Desarrollo, en los equipos y en los comités locales, y en todos esos pequeños detalles que, cuando se miran de lejos, parecen solamente trabajo administrativo; pero yo sé que no lo son, porque detrás de cada

documento hay una persona que necesita claridad, detrás de cada proceso hay alguien que necesita sentirse escuchado, detrás de cada estructura hay una comunidad intentando organizarse para seguir creciendo, y eso es lo que me ha enseñado ser VAI: que cuidar de una organización también es cuidar de las personas que la hacen existir.

He tenido la fortuna o castigo de ser VAI durante mi internado, pero es aquí donde descubrí algo que cambió la manera en la que miró todo lo que hago: una necesidad casi desesperada de saber que nuestro trabajo importa. En medio del cansancio y las guardias, en esos días en los que una se pregunta si realmente está logrando algo, hay una pregunta que aparece una y otra vez: ¿esto que estoy haciendo importa?, y creo que esa pregunta también me alcanzó dentro de AMMEF, porque, de repente, comprendí algo que fue profundamente catártico: AMMEF no solamente me estaba preparando para hacer proyectos, me estaba formando como líder en salud, y yo era la prueba.

Yo, la persona que alguna vez llegó con ideas, inseguridades, entusiasmo y muchas ganas de hacer algo bonito, quien aprendió a diseñar espacios de capacity building, a transformar problemas en proyectos y a entender que una organización puede ser una escuela extraordinaria para la vida.

La persona que un día fue Directora Nacional de Entrenamientos, que después encontró un lugar en el equipo internacional de capacity building, que tuvo la oportunidad de mirar más allá de las fronteras de México y que, finalmente, llegó a una asamblea en Querétaro con un

sueño que llevaba mucho tiempo creciendo dentro de ella, y entonces entendí que todo había importado: cada proyecto, sesión, conversación, error, madrugada e incluso cada vez que pensé que no estaba haciendo suficiente.

Por eso creo que necesitamos espacios como AMMEF, necesitamos lugares donde quienes estamos formándonos en medicina podamos descubrir que nuestra voz importa, donde podamos hablar de los problemas que vemos, donde podamos preguntarnos qué tipo de profesionales de la salud queremos ser, donde podamos aprender que ser médico no consiste únicamente en saber diagnosticar y tratar enfermedades, sino también en tener el valor de participar en las conversaciones que están transformando la salud. Necesitamos espacios donde podamos ser estudiantes, pero también ciudadanos, líderes y agentes de cambio, lugares donde podamos equivocarnos antes de que el mundo nos exija tener todas las respuestas, y AMMEF es eso para mí.

Para mí, mi hermosa AMMEF es el lugar donde aprendí que una persona puede llegar pensando que no tiene nada especial que ofrecer y terminar descubriendo que tiene una capacidad enorme para cambiar las cosas, y, sobre todo, es el lugar donde me descubrí a mí misma; creo que por eso ser VAI ha sido tan intenso, porque mientras intentaba construir algo para AMMEF, también estaba intentando entender quién quería ser yo. Recuerdo vivir una RON siendo MIP y VAI y pensar que quizá estaba intentando vivir demasiadas vidas al mismo tiempo, pero también recuerdo mirar alrededor y sentir una gratitud enorme, porque incluso

cuando estaba cansada, incluso cuando tenía pendientes, había algo dentro de mí que seguía diciendo: quiero estar aquí.

Creo que amar algo no significa que nunca te canse, sino que incluso cuando te cansa, sigue importándote. Pienso en una canción que habla de alguien que baila mientras otra persona llora por ella, y aunque habla de una historia completamente distinta, algo de esa imagen se quedó conmigo, porque a veces AMMEF está bailando: creciendo y celebrando, mientras quienes la amamos sentimos todo intensamente; a veces lloramos de cansancio o de amor, porque queremos tanto que las cosas salgan bien que duele cuando no salen como imaginábamos. Pero también aprendí que cada lágrima vale la pena, porque llorar por algo significa que te importa, y prefiero haber amado algo tanto que a veces me duela, a pasar por la vida sin permitir que nada me importara.

Yo amo AMMEF de una forma profundamente sincera, la amo en sus grandes momentos y en los difíciles; en sus asambleas, sus proyectos y sus reuniones interminables, y en todas esas conversaciones que comienzan con un “tengo una idea” y terminan construyendo algo que antes no existía. La amo porque me ha permitido conocer personas que se volvieron parte de mi historia, y porque, aunque a veces me ha hecho sentir pequeña, también me ha enseñado que tengo una cantidad inmensa de magia dentro de mí: magia para crear e imaginar algo que todavía no existe, para preguntarme: ¿y si sí lo hacemos?

Lo que más me ha enseñado ser VAI es que no tengo que tener todas las respuestas ni

ser perfecta, sino tener el valor de decir “no sé, pero vamos a descubrirlo juntos”, porque el futuro de AMMEF no se escribe en solitario, se construye cuando las personas que aman esta asociación deciden sentarse en la misma mesa y soñar juntas.

Cuando miro hacia atrás, veo a todas las versiones de mí que me trajeron hasta aquí: a la chica que llegó a AMMEF sin saber cuánto iba a cambiarle la vida, a la DNE que descubrió que el capacity building podía transformar personas; a la regional assistant que aprendió a cruzar fronteras; a la VAI, con su corona y con vainilla, sus documentos, sus dudas y su amor inmenso por esta asociación; y, a pesar de todo, bailando.

Porque quizá eso es AMMEF, una canción que nunca termina, una asamblea que se convierte en un recuerdo, una corona que se convierte en responsabilidad, una RON que se convierte en historia, y después, cuando termina la canción, cuando el mundo deja de sentirse tan pesado y finalmente puedes respirar, te das cuenta de que cada lágrima valió la pena, porque amaste algo lo suficiente como para que te importara.

Hoy atesoro la oportunidad de amar AMMEF no solamente cuando es fácil, sino también cuando pesa, cuando duele, cuando cambia y cuando necesita que alguien se quede, y yo quiero quedarme. Seguiré aquí, con mi corona un poquito chueca, con vainilla a mi lado, con demasiados documentos abiertos, con muchas preguntas y con el corazón lleno, porque todavía no hemos llegado a donde vamos, pero vamos y, como siempre, ya llegaremos. Con amor sincero, Sina.